

¿Para qué sirve un arquitecto?

Reflexiones sobre la formación y el ejercicio profesional

*Conferencia pronunciada en la Universidad Nacional de Colombia, Sede Manizales,
el 17 de octubre de 2018*

Marco Aurelio Montes Botero

(Colombia 1944-v.)

Arquitecto de la Universidad Pontificia Bolivariana, diseñador en su estudio particular. Seleccionado en múltiples bienales nacionales. Acreedor de varios premios y menciones nacionales e internacionales, jurado y ganador de algunos concursos nacionales de arquitectura. Profesor asociado de la Universidad Nacional de Colombia y de la Universidad Pontificia Bolivariana; profesor invitado a varias universidades nacionales e internacionales. Gran parte de su obra ha sido publicada en diversas revistas y libros.



Resumen

En esta conferencia, el profesor Marco Aurelio Montes Botero cuestiona algunos de los principios fundamentales del ejercicio profesional del arquitecto en nuestro contexto y los relaciona con la enseñanza y el aprendizaje de la disciplina. Hace alusión a algunas situaciones políticas y otras cotidianas que tienen conexión con la arquitectura, sobre las cuales plantea una serie de preguntas profundas para animar la toma de conciencia crítica.

Palabras clave

Arquitecto, arquitectura, enseñanza de la arquitectura, ejercicio profesional arquitectónico.

Por estas mismas fechas, hace ya cincuenta años, nos reuníamos con el entonces decano de la Escuela de Ingeniería de esta misma sede, el doctor Alfonso Carvajal Escobar, quien estaba gestionando, junto a la Facultad de Arquitectura de la Sede Medellín, la fundación de dicha Facultad en Manizales. Con apenas un poco más de dos años de ejercicio profesional, y sin ninguna experiencia docente, el doctor Carvajal me proponía asumir (sin anestesia), junto con el profesor Ever Ramírez (q.e.p.d.), de la Sede Medellín, y eventualmente con otros profesores invitados, la docencia de la primera cohorte de estudiantes que ingresaría el año siguiente (1969), para cursar su primer semestre. Con el sótano

de ingeniería como sede y la buena voluntad de algunos colegas se iniciaron las clases en la fecha prevista y poco a poco se conformó la planta docente.

Eran otras épocas y otras las circunstancias. El horizonte profesional parecía despejado. Los pocos arquitectos que ejercíamos en la ciudad teníamos trabajo de sobra, y no nos cabía la menor duda de la pertinencia de esta empresa educativa. Para la época, igual que ahora, el déficit de vivienda crecía año por año; las ciudades intermedias recibían oleadas de campesinos y aldeanos en busca de seguridad y un mejor futuro; aún no éramos conscientes del efecto que este proceso de despoblamiento del campo y crecimiento explosivo de las ciudades tendría en ambos escenarios.

No es casual que la simultaneidad de ambos fenómenos coincida con el periodo más violento del que se tenga memoria en el último siglo. Guerrillas, narcotráfico, paramilitarismo y todos sus derivados han copado los titulares de nuestra prensa nacional, y han construido la imagen de Colombia ante el mundo. El escenario, que en ese momento parecía tan prometedor, cambió rápidamente y todos debimos adaptarnos a las nuevas circunstancias.

El panorama actual se presenta aún bastante confuso; pero de lo que no me queda ninguna duda es que como ciudadanos y como arquitectos tenemos que afrontar grandes retos. En nuestra propia parcela (Colombia, por ejemplo), ¿cuál es o debe ser el futuro de las ciudades? ¿Cómo afrontaremos el calentamiento global, si es que dejamos de verlo como un problema de otro planeta? ¿Qué deberá suceder con el campo? ¿Seremos capaces de entender que campo y ciudad no tienen que seguir siendo formas de ocupación del territorio, necesariamente contradictorias, sino complementarias? ¿Seguiremos pensando que la tan cacareada *dignidad de la vivienda* se resuelve simplemente otorgando, por venta o por asistencialismo demagógico, un título de propiedad a la precariedad y la marginalidad institucionalizadas? ¿Seguiremos resignados a ver cómo crece la desigualdad, la informalidad y los empleos pre-

rios? ¿Seguiremos esperando que alguien nos ofrezca un empleo como quien anhela ganarse una lotería? ¿O seremos capaces de ser los gestores de nuestro propio empleo? ¿Seguiremos contemplando la quimera del arquitecto, que a la manera de los grandes modistos desfilan sus extravagancias en las pasarelas internacionales, buscando el aplauso del *Star system*?

Y si la respuesta a estas y otras preguntas es negativa, ¿cómo debemos prepararnos? Al revisar las cifras de población y los indicadores econométricos, de desigualdad, etc., resulta evidente que este mundo no va bien; a pesar de los desarrollos científicos y tecnológicos la economía de nuestra casa común (entendida en su sentido original, oikos- nomos, cuidado de la casa) ha fracasado rotundamente.

Por otra parte, hasta fechas no muy lejanas el pensamiento autoritario, en sus diversas versiones, se opuso sistemáticamente a la educación (que es muy distinta del adoctrinamiento), a la difusión y avance del conocimiento. Hoy, sin embargo, los discursos, tanto públicos como privados, de no importa qué tipo de gobierno, predicán la educación como condición *sine qua non* para superar la pobreza y demás miserias del mundo y la humanidad actuales. Lo predicán, es cierto, pero se cuentan en los dedos de la mano los países que lo practican. Bastaría con revisar los presupuestos de nuestro propio vecindario para confirmar este aserto. No en vano, nuestra Universidad pasa en estos momentos por grandes incertidumbres. En los últimos treinta y cinco o cuarenta años, el avance en las comunicaciones ha sido enorme. Se comunica sin duda mucho más, pero no mucho mejor. Las técnicas han evolucionado, pero no tanto la sociedad y la cultura.

No es nada nuevo que, para la mayoría de los líderes políticos de todo el mundo, el actual paradigma, la nueva religión, es el *mercado*, que además de crecer reclama el adelgazamiento del Estado. Con altos y bajos, los mercados crecen, los estados permanecen y reclaman cada día más recursos, pero menos obligaciones. Privatizar todos los servicios públicos es la consigna estatal,

llámese neoliberal o neoconservadora. Crecer no estaría mal si estuviera dirigido al progreso del bienestar humano, tal como lo proponía en su momento el Premio Nobel de Economía (1998) Amartya Sen. Ambos son objetivos imposibles de alcanzar a partir de sociedades donde se privilegia la ignorancia. Que esos estados existen no es una fantasía sin fundamento. Bastaría comparar los presupuestos que distintos estados destinan a la educación. Aun en países con presupuestos elevados en este campo, habría que analizar tanto los resultados de las pruebas de conocimiento como la pertinencia de los modelos pedagógicos y los perfiles del ciudadano bachiller, profesional, maestro, doctor, técnico o científico; hombre unidimensional en la mayor parte de los casos (tal como lo definía Herbert Marcuse hace justamente cincuenta años) o con capacidad para abordar problemas complejos, sistémicos y multidisciplinarios.

Y es aquí a donde quiero llegar: la educación del siglo XIX, durante la Revolución Industrial y en el ambiente de la “Ilustración”, requería unos cuantos inventores y ejércitos de operarios capacitados para ejecutar tareas repetitivas en cadenas de producción, sin derecho a pensar o protestar y absolutamente convencidos de que toda nueva mercancía era, sin lugar a duda, un signo de progreso, y que este a su vez se repartiría, gota a gota, por toda la humanidad. La realidad ha sido bien distinta, y hoy se reclama, tanto desde la academia como dentro del sistema de mercado, la puesta en acción de dos palabras mágicas: innovación y creatividad. Solo que la mayoría de las veces entendemos que uno y otro concepto se refieren a lo que en nuestra región paisa hemos nombrado, desde que tengo memoria, como “la misma perra con distinta guasca”.

La primera necesidad para lograr una sociedad justa y armónica es, más allá de la supervivencia de los seres humanos, construir ciudadanos capaces de definir, acordar y ejecutar un *contrato social* que les permita a sus miembros vivir con dignidad, para procurar el bienestar de todos; pero no lo hemos logrado. Incluso, me pregunto si lo hemos buscado. ¿Qué seguimos

haciendo mal y cómo lo podemos resolver? A través de los presupuestos y programas universitarios es posible rastrear la suerte que, en la oferta académica universitaria, han tenido los programas de ciencias humanas. ¿Seguirá siendo cierto que los arquitectos son los últimos humanistas, como decía Umberto Eco? ¿Todas las preguntas anteriores no debería hacérselas cada ciudadano? ¿Qué es lo que diferencia a un ciudadano medianamente cultivado de un arquitecto?

Alguna vez traté de responder así: un arquitecto es un hombre culto que sabe geometría. ¿Se me ocurrió o lo leí en alguna parte? No lo sé, pero en todo caso, si la premisa es válida, debe entenderse como un saber componer, disponer y relacionar materia y forma para darle sentido a un lugar que, por contraste con otros lugares, debe ser habitable por seres humanos. Solos o en compañía. No es el objeto en sí. Es su condición de habitabilidad. Su posibilidad, su pertinencia, sus relaciones con todas las creaciones que hacen parte de la esfera del hábitat de la humanidad, sin romper la armonía con todo lo que *es*, orgánico o inorgánico. De eso se trata la educación. Me dirán que para lograrlo nos han dado, en la mayoría de los países, la cultura, y en la mayoría de las naciones una constitución. Es cierto, pero también lo es que las estadísticas nos muestran la enorme distancia entre el ser y deber ser. Algo, por lo tanto, debe haber fallado en la tarea de la educación. Cómo educar, para qué educar y dónde educar.

El *cómo* puede referirse a las estrategias pedagógicas. El *para qué* es la meta, el objeto. No educamos para que los estudiantes y maestros saquen buenas notas. Para eso bastaría con instruir, que es lo que se ha hecho sobre todo en los últimos siglos por medio de la memorización y la imitación. Aquello de que “la letra con sangre entra” (yo le agregaría que también duele, y me excuso, pero no soy masoquista). El *dónde* no es una pregunta de menor cuantía; los más avanzados enfoques pedagógicos se refieren a *espacio* como *el tercer educador*.

Lo que la escuela debe enseñar no es lo que ya se sabe, y lo que se sabe está en la red y en todo lo escrito; lo podemos consultar en cualquier momento. Por tanto, como primera estrategia pedagógica tenemos que aprender a aprender. Enfoques, ejercicios y rutinas de aprendizaje se cuentan por centenares, o tal vez por miles. Algunos países las aplican y renuevan con éxitos notables y medibles. Curiosamente, he encontrado grandes coincidencias entre los enfoques que se definen con frases tales como: “aprender haciendo”, “enseñanza para la comprensión”, “aprendizaje activo”, “hacer visible el pensamiento”, y lo que en su momento Gropius, Van der Rohe y tantos otros pusieron en práctica en las diferentes fases de la Bauhaus, con resultados tan positivos para su época que, muchos de los principios implícitos en esa notable experiencia siguen teniendo enorme validez, casi cien años después.

Entonces el *para qué* se refiere a la capacidad para resolver problemas, no solo los que ya sabemos resolver, sino los emergentes que la dialéctica de la naturaleza y de la sociedad humana nos aportan; para ello, lo fundamental es aprender a pensar. Sobre el “qué significa pensar” ya se pronunció en extenso Martin Heidegger, quien en una de sus conferencias nos recuerda que “es posible que hasta nuestros días y desde hace siglos, el hombre haya estado actuando demasiado y pensando demasiado poco”. En nuestro caso, además, *pensar la arquitectura* (pueden consultarse dos estupendos libros con el mismo nombre; uno de Alberto Saldarriaga Roa y otro de Peter Zumthor).

¿De qué manera estas premisas tocan el quehacer del arquitecto? Pondré algunos ejemplos: muchos arquitectos suelen creer, por ejemplo, que el problema de la vivienda se resuelve simplemente al hacer más viviendas; incluso sin intervención de los arquitectos, tal como lo afirmaba hace poco un reciente candidato a la presidencia de la república, quien a su vez ponía en duda la pertinencia de la profesión, ya que, según él, *eso* ya está estandarizado (González, 2018). Otros suelen pensar que todos los problemas urbanos se resuelven construyendo más casas; pocos se atreven a

deducir que muchas de esas *casas* crean, en lugar de resolver, muchos problemas.

Evidentemente, para nuestros políticos el problema de vivienda no es un problema de espacios adecuados y relaciones armónicas entre la ciudad y el ciudadano, sino solamente un déficit de propiedad. En consecuencia, su solución es el asistencialismo. Viviendas gratis cuya superficie habitable puede ser igual o menor a la que se cubre poniendo uno al lado del otro los folios notariales que certifican la propiedad (González, 2018). El hábitat, que constituye el corazón de los hechos arquitectónicos, debe ser precedido por la conciencia del habitar y, por extensión, la ciudad debe ser precedida por la conciencia de ciudadanía; esta, a su vez, por la conciencia de *ser* humanos, gregarios y solidarios; por la primera inspiración humana, que tal como lo señalaba Louis Kahn, es “la inspiración de reunirnos”.

La educación, en muchos de los países avanzados, ha cambiado radicalmente en los últimos decenios. Entre nosotros se sigue pretendiendo resolver la falta de educación con el foco puesto en la cobertura. Colegios para tres mil o más alumnos que, por supuesto, *caben* en las aulas, concebidas para poner en fila cincuenta o más jóvenes por grupo, quienes supuestamente deben escuchar a un profesor, el cual repetirá, año por año, la misma lección que viene desde tiempo atrás, como si no hubiese nada nuevo que aprender. Cada maestrillo tiene su librito, se dice con gracia en España. Los alumnos, en actitud pasiva, incluso dormidos, se supone que deben memorizar todo aquello, les interese o no. Ya lo decía el mismo Heidegger: la primera condición para conocer es interesarse, que viene de *interese*, meterse de lleno en el problema, no simplemente escuchar. Por fortuna, los estudiantes de arquitectura tenemos los talleres. En algo practicamos el aprendizaje activo, solo que numerosos obstáculos se oponen al pleno ejercicio de la práctica taller, que, entre otras cosas, implica trabajo presencial, cooperativo y multidisciplinar, en simultáneo. Aún estamos lejos de eso. Las *asignaturas* marchan cada cual por su lado y su integración en la resolución de problemas-proyectos es más una figura

ideal que un hecho real. El problema sería preguntar si en efecto educan. Los países a los que aludo destinan a los mejores, entre los mejores de sus ciudadanos, a la educación básica, media y preuniversitaria. Desde luego que se debe procurar una cobertura total de la educación, pero si su calidad es escasa o mediocre es obvio que los graduandos no estarán en capacidad de resolver ningún problema.

Genios raros o cocreadores

Desde luego, y por fortuna, la humanidad produce, de tiempo en tiempo, mentes brillantes, capaces de avanzar un poco más a partir de una cierta dosis de conocimiento adquirido y otra no menor de imaginación. Pero por desgracia son muy pocas. La complejidad de los problemas actuales, más que de genios, requiere la capacidad de formar equipos multidisciplinarios, dispuestos a suplir sus propias ignorancias con el saber de los otros y a sumar la imaginación de todos en ejercicios dialógicos.

Decía el profesor Antonio Mesa Jaramillo, decano de la Facultad de Arquitectura a la cual asistí, que “la arquitectura es un punto de vista que tiene al mundo como telón de fondo”. De la misma manera que la verificación de un proyecto arquitectónico, en proceso de producción, requiere una mirada desde muchos puntos de vista, la solución de los problemas de cualquier índole demanda el diálogo multidisciplinario y transversal entre los distintos saberes.

Si para algo hay que educar es para la cooperación. Fingir no debe ser una función de la arquitectura. La arquitectura, por ejemplo, debe servir para vivir, no para presumir. Debe ser sostenible, no solo parecerlo (aquí es más importante que la mujer del Cesar sea, aunque no lo parezca). Hoy, como siempre, pensar la arquitectura es asumir la economía —el cuidado de la casa— con conciencia crítica, no como un dogma ni como un fin, solamente como un medio.

Se han hecho toda clase de chistes sobre el famoso aforismo de Mies: “menos es menos”. Otro dirá, “menos

es aburrido” y mil tonterías más. Buena parte de la arquitectura contemporánea carece de lo esencial y abunda en lo superfluo. Nuestros problemas deben empezar por resolver *lo mínimo indispensable*, por supuesto, con toda la calidad y economía de recursos de la que seamos capaces. En nuestro afán de producir y hacer parte de los *beneficios* del mercado estamos permitiendo y promoviendo el crecimiento de ciudades monstruosas, desmesuradamente costosas e ineficientes, enormemente conflictivas, inseguras, contaminadas y contaminantes, en donde se ignoran las escalas complementarias de urbanidad, las pequeñas ciudades y las aldeas con sus barrios e instituciones al alcance de todos, interconectadas por sistemas modernos y eficientes de transporte colectivo y con una demanda mínima de vehículos privados, en las cuales, como pedía Lewis Mumford hace más de sesenta años, para desplazarnos “podamos utilizar nuestras dos piernas, usando como combustible el alimento y sin necesidad de parqueadero”.

No dudo de que el cáncer del crecimiento sin sentido está en el origen de gran parte de nuestros problemas. Las ciudades saludables, como los alimentos, piden a gritos una producción orgánica, probablemente más difícil, pero con seguridad más grata y más barata. Los científicos que se han hecho expertos en el estudio del fenómeno del calentamiento global, negado por los fanáticos del crecimiento sin límites, nos llaman la atención sobre la urgencia de actuar antes de que sea demasiado tarde; y queda poco tiempo.

Si las nuevas tecnologías de la información estuvieran disponibles para la mayoría de las personas nos podríamos ahorrar, por ejemplo, una enorme cantidad de desplazamientos inútiles, lo que seguramente causaría muchos disgustos entre los productores de vehículos, los cuales, como bien se expresaba hace tiempos el arquitecto Germán Samper, se han convertido en “automóviles inmóviles”; pero nos libraría del consumo obligado de energías de origen fósil o mineral, destructoras de los suelos y sus indispensables microorganismos y, al mismo tiempo, contaminantes y enormemente dañinas para la salud de todo lo que tiene vida propia.

Podríamos extendernos en la simple enumeración de problemas que requieren soluciones urgentes, pero prefiero, para no contradecirme, que lo hagamos en forma colectiva.

Referencias

González, C. A. (2018). El poder de la transformación de la arquitectura. *El Espectador*. Recuperado de <https://www.elspectador.com/opinion/el-poder-de-transformacion-de-la-arquitectura-columna-816653>